APOSTOLADO: FIDELIDAD AL PROPIO CARISMA APOSTÓLICO

1. El verdadero sentido del apostolado.
2. El carisma apostólico y los criterios de la renovación.
3. ¿Fidelidad creativa o creatividad fiel?

1. El verdadero sentido del apostolado.

Me comentaba no hace mucho el vicario para la vida religiosa de la diócesis de Lyon, Francia que en un mundo secularizado, como el que está viviendo Europa en estos momentos, incluso la vida religiosa no está exenta de perderse en el anonimato. "Cuando desaparece el hábito, la vida fraterna en comunidad y las obras apostólicas, ¿qué queda de la vida consagrada? ¿Cuál es entonces el valor de la vida consagrada?"

Bien sabemos que las obras apostólicas no son la esencia de la vida consagrada. En épocas pasadas, por el papel precioso que desempeñaron religiosos y religiosas en la cultura, papel que por falta de preparación los laicos no podían desempeñar, se tendió a identificar las obras apostólicas con la esencia de la vida consagrada. Se identificaba a la religiosa con la que cuidaba a los enfermos, enseñaba a los niños y jóvenes y catequizaba en las parroquias. Poco a poco se fue dando un paso adelante y muchos laicos fueron cubriendo los puestos de trabajo que hasta hace poco se consideraban exclusivos para los religiosos y religiosas: los hospitales, las escuelas y las parroquias, por mencionar algunos como ejemplos, se vieron pronto poblados de personas no consagradas que efectuaban dichos trabajos en igual o *mejor manera* que las personas consagradas.

Los criterios eficientistas del mundo secularizado han permeado por desgracia a algunos Institutos religiosos que se han preguntado, y aún siguen preguntándose, por el sentido de las obras apostólicas: "Tres elementos de la vida moderna invaden la sociedad actual y reclaman una nueva forma de presencia religiosa. La codicia, la explotación y la opresión tienen esclavizada a la humanidad, mientras la vida religiosa corre el riesgo de dedicarse a recitar oraciones, comer con regularidad, rodearse de gente <<agradable>>, desempeñar trabajos institucionales básicos y demostrar su valor espiritual no cuestionando ni desestabilizando nada."[1] Con una visión horizontalista se entienden expresiones tales cómo "… por eso nuestra Congregación está por morir. Antes nos dedicábamos a la educación. Ahora esta labor ya la hace el Estado".

La oportunidad de las obras apostólicas vino fuertemente contestada y cuestionada en el período de los años setentas. "Comenzó a darse una fuerte interrogación sobre la misión eclesial y la fidelidad dinámica al carisma originario y si se traducía en un esfuerzo por releer críticamente el propio carisma, para colocarlo en su dimensión histórica, para

[1] Joan Chittister, OSB, *El fuego en estas cenizas*, Sal Térrea, Santander, 1998, p. 142

actualizarlo y hacerlo profético, y para enriquecer la propia espiritualidad y replantearse el puesto que se tenía en la Iglesia, en el contexto de los nuevos retos sociales."[2]

Al mismo tiempo la búsqueda por responder a estos nuevos retos sociales planteó un nuevo cuestionamiento sobre los apostolados así llamados tradicionales: educación, asistencia sanitaria, catequesis. Quizás no se entendió o se quiso entender de manera paralela al Magisterio, las obras de promoción humana a las que invitaba el Concilio a todas las congregaciones religiosas. Muchos de los apostolados a través de los cuales se podía evangelizar, se dejaron a un lado por considerarse que no ayudaban a la promoción de la persona. Tal es el caso, por ejemplo, de las obras educativas, especialmente en Europa, en donde para el día de hoy pocas son las Congregaciones religiosas femeninas que aún ofrecen este servicio a la Iglesia.

Por la importancia que tiene para la comprensión de este problema, transcribo los párrafos de los números 5 y 6 del documento *Religiosos y promoción humana*[3]*:*

> 5. Las pluriformes actividades y obras que, en la variedad de los carismas, caracterizan la misión de los religiosos, constituyen uno de los medios más importantes para realizar la misión de evangelización y promoción humana que la Iglesia desempeña en el mundo.
> De ahí la importancia que reviste la renovación de los religiosos para la renovación misma de la Iglesia y del mundo.
> Por esa razón, *Evangelii nuntiandi 31* exhorta a tener en cuenta los lazos profundos que unen la evangelización y la promoción humana. Olvidarlos significaría ignorar "la doctrina del Evangelio acerca del amor al prójimo que sufre y padece necesidad".
>
> 6. Abiertos a los signos de los tiempos, los religiosos sabrán buscar y promover una nueva modalidad de presencia, que responda a la creatividad de sus Fundadores así como a la finalidad original del propio Instituto.
> En esta perspectiva, destacan algunas líneas de renovación:
> a. las actividades y "obras sociales" que han acompañado siempre la misión de los religiosos, dan testimonio de su empeño constante por la promoción integral del hombre. Escuelas, hospitales, centros asistenciales, iniciativas orientadas al servicio de los pobres, al progreso cultural y espiritual de los pueblos, no solamente conservan su actualidad, sino que, debidamente acomodados, se revelan a menudo como elementos privilegiados de evangelización, de testimonio, de auténtica promoción humana.
> En el servicio evangélico de las obras de promoción humana y social, numerosas y siempre urgentes, los religiosos convierten en "signo" convincente el don de una vida totalmente disponible para Dios, la Iglesia y sus hermanos.
> b. El Espíritu, que suscita formas e instituciones siempre nuevas de vida consagrada, en respuesta a las exigencias de los tiempos, anima también las ya

---

[2] Giuseppe Tacconi, *Alla ricerca di nuove identità,* Elledici, Torino, 2001, p. 23
[3] Sagrada congregación para los religiosos e institutos seculares, *Religiosos y promoción humana,* 28.6.1978, n. 5 y 6

existentes con una renovada capacidad de inserción, correspondiente a los cambios eclesiales y sociales.

c. En la Iglesia, abierta a los ministerios, en un continuo y ordenado crecimiento comunitario, los religiosos pueden descubrir nuevas formas de participación activa que comprometan cada vez más a la comunidad cristiana en sus iniciativas y sus obras.

Tendrán así la oportunidad de hacer valer su carisma específico en cuanto capacidad singular de promover aquellos ministerios que corresponden con los fines apostólicos y sociales de su propio Instituto.

d. La participación de los laicos en las actividades y las obras de los religiosos se abre a nuevos horizontes gracias al desarrollo de la dimensión eclesial de corresponsabilidad en una misión común. Con una preparación adecuada, esta participación podría efectuarse incluso en la gestión misma de las obras confiadas hasta ahora únicamente a los religiosos.

e. Por otra parte, los contextos sociales actuales exigen nuevas formas de solidaridad y de participación. Un proceso de transformación civil tiende, en muchos sitios, a desarrollar la responsabilidad de todos los componentes sociales a través de estructuras y organismos de participación. De este modo, todos los ciudadanos vienen impelidos a tomar parte activa en la solución de los problemas concretos que lleva consigo la construcción de la convivencia social.

Junto a la contribución más directa de los laicos, el testimonio y la experiencia de los religiosos pueden, en este campo, contribuir positivamente a orientar hacia soluciones que respondan a los criterios del Evangelio y a las directrices pastorales de la Iglesia.

En primer lugar cabe resaltar el énfasis que el documento presta a la igualdad entre *evangelizar* y *promoción humana*. No son dos términos excluyentes, sino que uno se complementa con el otro. La acción de evangelizar supone una elevación del hombre, su promoción humana. Presentar los valores evangélicos nunca ha supuesto una rebaja para el hombre o un olvido de sus características más humanas. Al contrario. El evangelio lleva en sí lo que más de humano y noble puede existir en el hombre. Por lo tanto, las obras que en el pasado las religiosas se afanaron por poner en pie, fueron sí, para la gloria de Dios y para el bienestar de la humanidad. Basta pensar, sin ir más lejos, la admirable labor de innumerables congregaciones que salieron al paso para resolver los problemas de indigencia, analfabetismo y míseras condiciones de salud que había ocasionado la Revolución industrial, en un momento en que la infraestructura del Estado no era capaz de enfrentar y solucionar estas situaciones.

Si bien es cierto que el Concilio proponía la renovación, jamás promulgó *la supresión.* Jamás el magisterio, en ninguno de sus documentos se pronunció por la abrogación de las obras apostólicas ya existentes. El documento que hemos traído a colación habla de *una renovada capacidad de inserción*, nunca de una abolición por considerarlas obsoletas o pasadas de moda. Lo único que se debía abolir, según el Concilio, eran "aquella (obras) que hoy son menos conforme al espíritu y a la índole genuina del Instituto".[4]

[4] Paulo VI, *Decreto Perfectae Caritatis*,28.X.1965, n.20

Hubo quienes, aprovechando las interpretaciones que se hacían al margen del magisterio de la Iglesia, quisieron imponer su muy particular punto de vista, especialmente quienes desde antes del Concilio ya venían haciendo algunas sugerencias y al no haber sido atendidas y apoyadas por el Concilio, se dieron a la tarea de llevarlas a la práctica, al amparo de lo que ellos consideraban, así decían, la verdadera y única interpretación del Concilio.

Así nacieron, entre otras muchas cosas, una solicitación muy especial por las obras de justicia social, en detrimento de lo que habían sido hasta ese momento obras de verdadera evangelización. Por ello vale la pena aclarar el concepto de *apostolado, de obras apostólicas*, para evitar interpretaciones que como las ya antes mencionadas puedan dejar de un lado el verdadero sentido de la renovación, querido por el Concilio vaticano II.

Leemos en la exhortación apostólica *Redemptionis Donum:* "Del testimonio de amor esponsal a Cristo, a través del cual se hace particularmente visible entre los hombres la entera verdad salvífica del evangelio, surge también como propia de vuestra vocación, queridos hermanos y hermanas, la participación al apostolado de la Iglesia, a su misión universal, la cual se realiza contemporaneamente en medio de todas las naciones, en modos muy diversos y mediante la multiplicidad de dones otrogados por Dios. Vuestra mision específica va armoniosamente de la mano con la mision de los apostóles, que el Señor envió a todo el mundo para enseñar a todas las naciones, y está unida a la misión del orden jerárquico de la Iglesia. En el apostolado que desarollan las personas consagradas, su amor esponsal por Cristo llega a ser en modo casi orgánico, amor por la Iglesia como cuerpo de Crsito, por la Iglesia como pueblo de Cristo y para la Iglesia que es al mismo tiempo esposa y madre".[5]

El apostolado viene a ser, en síntesis, una expresión del amor a Cristo. Este amor es fruto de un don que Dios ha dado al Fundador. Las necesidades vistas por el Fundador en un momento determinado, al ser iluminadas por el Espíritu, no se quedan en simples necesidades sociales, sino que son el rostro de un Cristo sufriente, al que se debe dar una respuesta. Esta es la visión de los hombres y las mujeres que han decidido seguir de cerca las huellas de Cristo. Surgirá así un *carisma apostólico*, engendrado por el Fundador en un tiempo y localidad determinado, pero que va más allá de ese tiempo y esa localidad determinada, como veremos en la tercera parte de este artículo. El carisma, al ser un modo de ver, de sentir y de responder, se traduce en una forma de vida, del todo nuevo y original, que busca, sobretodo, responder al amor de Dios con el amor.

Frente a esta visión no caben las interpretaciones de corte humano-solidario en dónde únicamente se ve una necesidad en el espacio y en el tiempo que se debe satisfacer. Si esto fuera cierto, el apostolado reduciría su misión trascendental y se convertiría en una obra de voluntariado.

Muchos han querido hacer ver que el Concilio vino a abrir los ojos de los religiosos a las nuevas necesidades sociales, para dejar a un lado los antiguos apostolados. Sin embargo,

[5] Juan Pablo II, *Exhortación apostólica Redemptionis Donum*, 25.4.1984, n. 15

no hay nada más falso y erróneo que el interpretar el Concilio en forma unilateral, es decir, sin tomar en cuenta los mismos documentos emanados por los Padres conciliares. Así leemos en Perfectae Caritatis: "Conserven los Institutos y realicen con fidelidad sus propias actividades y, teniendo en cuenta la utilidad de la Iglesia universal y de las diócesis, adáptenlas a las necesidades de tiempos y lugares, empleando los medios oportunos y aún otros nuevos; pero abandonen aquellas que son hoy menos conformes al espíritu y a la índole genuina del Instituto. Manténgase en los Institutos el espíritu misionero y ajústese, según la índole de cada uno, a las circunstancias de hoy, de suerte que en todos los pueblos resulte más eficaz la predicación del Evangelio."[6]

2. El carisma apostólico y los criterios de la renovación.

Con la llegada del Concilio Vaticano II viene revisada la vida consagrada, y por ende el carisma apostólico. Para hablar en forma coherente de la renovación deseada por la Iglesia conviene estudiar el pensamiento de ella misma para estar en posibilidad de comprender lo que deseaba la Iglesia.

Al leer el Decreto *Perfectae Caritatis* se observa que la renovación nace del deseo de adecuarse a las circunstancias actuales. Son las exigencias de la cultura y las circunstancias sociales y económicas las que han de tomarse en cuenta para la adecuada renovación y adaptación de los institutos con el fin que "el eminente valor de la vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos y su función necesaria, también en las actuales circunstancias, redunden en mayor bien de la Iglesia". Lo cual significaba que la vida consagrada tenía en sí y tiene un gran potencial que ofrecer a las circunstancias actuales del mundo, pero que debía renovarse y acomodarse a las necesidades y exigencias del tiempo actual.

La adecuada renovación y acomodación debían basarse en cinco principios, a saber: el seguimiento de Cristo (a la manera propuesta por el Evangelio), el conocimiento y conservación del patrimonio de los Institutos religiosos, la participación de los Institutos en la vida de la Iglesia, el conocimiento adecuado de las condiciones de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia para prestar a los hombre una ayuda más eficaz, y por último, la renovación espiritual como prioridad para todo este movimiento de renovación.

Estos cinco principios se complementan, no se excluyen y bien llevados logran crear en los Institutos que los profesan una sinergia que imprime vigor a los miembros y a las obras que ellos deben realizar. Partiendo de la renovación espiritual (argumento que retomará con fuerza el último documento del Magisterio dedicado a la vida consagrada – *Ripartire da Cristo*-) los miembros podrán seguir a Cristo a la manera que el Evangelio lo propone, iluminados por la experiencia espiritual del Fundador para ayudar y servir a la Iglesia y así prestar a los hombres un servicio espiritual y material.

[6] Paulo VI, *Decreto Perfectae Caritatis*,28.X.1965, n.20

De estos cinco principios nacen los criterios de la renovación para el apostolado. Se debe partir del hecho que el apostolado es el fruto de una experiencia espiritual: "Así, pues, para que primordialmente respondan a su llamamiento a seguir a Cristo y servirle en sus miembros, es necesario que la acción apostólica de los mismos, proceda de la unión íntima con Él. De este modo se fomente la misma caridad para con Dios y para con el prójimo."[7] Esta forma de ver el apostolado como un fruto de la unión con Cristo, debe hacer pensar a la religiosa en un sentido de eficacia apostólica. Se hace apostolado no por deporte, sino para expresar a los hombres la caridad de Cristo. Y quién mejor enseñante de las necesidades de los hombres que el Fundador y la Iglesia. De ahí nace un estudio y conocimiento del carisma apostólico del fundador y de la utilidad para la Iglesia de las obras apostólicas que realiza el Instituto, adaptadas a las necesidades de tiempos y lugares. Lo que lleva a la mujer consagrada a ser una experta en humanidad[8], es decir a conocer con profundidad el corazón y las necesidades de los hombres y así en la ayuda a sus problemas, expresar más eficazmente su amor por Cristo.

3. ¿Fidelidad creativa o creatividad fiel?

¿Como se es fiel al carisma apostólico?.
Fijar el carisma apostólico implica ya una labor de fidelidad. Fijar quiere decir delimitar, conocer, saber exactamente cuales fueron las experiencias espirituales, los acontecimientos históricos, las motivaciones humanas y el trasfondo psicológico que sirvieron de marco al carisma apostólico de la congregación. Quizás la palabra fijar no es la más adecuada. Podemos entonces hablar de individuar. Esta labor de individuar el carisma apostólico ha venido siendo una recomendación de la Iglesia para la renovación de los Institutos religiosos, como podemos leer desde la *Perfectae Caritatis*, hasta la *Vita Consecrata*. Leemos en Perfectae Caritatis : "La adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos, a las cambiadas condiciones de los tiempos."[9] Aquí descubrimos la necesidad de ir a las fuentes, a los orígenes del fundador, para descubrir en toda su originalidad el carisma apostólico. Este "ir al origen" ha tenido muy diversas interpretaciones, algunas de ellas con funestas consecuencias, como bien señala Giuseppe Buccellato[10]. Se ha querido ir al origen del fundador y para ello se han seguido varios caminos, como el de quitar todo aquello sabor de devocionismo, o que no estuviera apegado a un verdadero carácter histórico.

Sin embargo se ha intentado hacer una lectura historicista o psicologista del fundador, dejando muchas veces de lado lo que debería ser el tipo de lectura más adecuado e iluminador: entender la historia de su vida como una experiencia teológica, como una experiencia espiritual. De esta forma se llega a descubrir el carisma apostólico del

---

[7] Ibidem, n. 8
[8] Terencio, *Heautontimoroumenos.*
[9] Ibidem, n. 2
[10] Giuseppe Buccellato, *Carisma e rinnovamento,* EDB, Bologna, 2002, pag. 39-52.

fundador como aquella manifestación, entre otras muchas del amor del fundador a Cristo y a su Iglesia.

Se llegará a conocer que la originalidad del apostolado tiene su fuente y su razón de ser en una experiencia espiritual del fundador, pues el apostolado no es otra cosa que el querer poner de manifiesto ante los hombres una peculiar faceta de la vida de Cristo que, en forma casi prevalente ha experimentado el fundador.

Andando a las fuentes, queda evidente que este apostolado nace, crece y se desarrolla en un contexto muy específico. No es el contexto histórico en sí mismo el que determina exclusivamente el carisma apostólico. Es una retroalimentación mutua a manera del contenido y el recipiente que contiene el mensaje evangélico.[11]

El mensaje evangélico es uno pero sin perder su esencia, responde – se amolda – al contexto cultural en el que debe actuar. De igual manera el carisma apostólico surge de una vivencia teologal del fundador con Cristo. Pero esta vivencia – a veces originada por el contexto histórico – debe tomar forma en un pedazo de la historia determinado, con unas características muy específicas y debe ser transformado por el carisma. Conocer por tanto las situaciones históricas será importante para fijar un límite más al carisma – individuar-, entenderlo, no ligarlo únicamente al hecho histórico, pues, recordemos, el carisma no nace del hecho histórico o para solucionar una coyuntura. Nace de una experiencia espiritual –a veces originada por el hecho histórico– que encontrará su expresión concreta en la situación histórica.

Las motivaciones humanas del fundador no pueden descuidarse al estudiar el carisma apostólico, pues ellas son fruto muchas veces, de la experiencia espiritual del fundador. La experiencia espiritual, para "hacerse carne", pasa a través de la humanidad del fundador. Veremos como la naturaleza humana del fundador, con su muy peculiar psicología, queda intacta. Su alma ha experimentado algo. Lo conoce con el intelecto, lo ama con el corazón y lo quiere con la voluntad. Son estas motivaciones humanas que dejan huella en su mente, (cómo percibe la realidad), en su corazón (cómo ama esta realidad) y en su voluntad (cómo quiere esta realidad), las que servirán de marco de referencia para entender mejor – y vivir- el carisma apostólico.

---

[11] Battista Mondin, *Antropología Filosofica*, Edizioni Studio Domenicano, Bologna, 2000. BAttista Mondin describe magistralmente la relación entre cultura y religión como una relación del tipo que se da entre continente y contenido, ya que, según él, el hecho religioso no se podría expresar si no encontrase un lenguaje adecuado que es precisamente el de la cultura que el propio tiempo y lugar ofrece. De esta manera podemos hacer válida nuestra tesis, al sostener que el carisma apostólico es ante todo, una expresión de una experiencia espiritual y que es la cultura del tiempo, la que sirve de *contenedor*, al *contenido.*
Por otro lado Juan Gabriel Ascencio, L.C. en *Il pensiero culturale*, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma, 2004, expresa de un modo pedagógico la cultura como una triple relación entre religión (o apertura a la trascendencia), sentido moral y los diversos sectores de la cultura. A esta triple relación le adjudica la imagen de una flor en donde el tallo es la apertura a la trascendencia, el centro de la flor lo constituye el sentido moral y los pétalos se forman por los diversos sectores de la vida social. Bajo esta imagen podemos afirmar que el carisma apostólico parte del sentido de la trascendencia. Si bien es cierto que puede tener su origen histórico en uno de los pétalos, o sea, en una circunstancia determinada de la sociedad, al ser el carisma apostólico el fruto de una vivencia espiritual, no queda ligado de ninguna manera al mero hecho histórico o social. No se trata de ir más allá del hecho social, se trata de descubrir el carisma en su origen.

Por último el trasfondo psicológico del Fundador imprime una huella específica al apostolado. La forma peculiar de conducirse frente a la obra apostólica, la manera de resolver los problemas, las conductas y pautas de comportamiento que tuvo o que dictó el fundador para las obras apostólicas, sin duda alguna forman lo que podríamos llamar "el carácter" del apostolado. Y dejan un sello indeleble de familia en las obras y en las personas que se encargan de ellas, quienes, de alguna manera, participan de la psicología del Fundador. Esto no quiere decir que las personas sean despojadas de su propia psicología. Las religiosas que se aprestan a colaborar en las obras apostólicas de la Institución *participan* de alguna manera de la psicología del Fundador, al prestar su personas, con sus dones, capacidades y limitaciones, de forma que el carisma apostólico pueda actuarse. El carisma apostólico se materializa con características y rasgos muy peculiares. No será lo mismo tratar un enfermo a la manera en que lo hace una religiosa de San camilo, que como lo hace una enfermera pagada por el Estado. No es lo mismo dar clase a la manera de las rosminianas, que como lo hace una maestra de una escuela pública. Estos apostolados, como todos los apostolados, se ejercen con notas muy características que vienen impregnadas de una psicología particular del Fundador. LA religiosa se presta para actuarla, si bien no renuncia a su psicología particular. No se trata de reproducir *artificialmente* una psicología de una persona, sino de vivir y hacer vivir unas notas específicas que vienen de una psicología especial. La religiosa, si quiere ser fiel al carisma apostólico, deberá poner al servicio de esta vivencia toda su psicología personal.

Como decíamos renglones arriba, la experiencia espiritual del fundador, deja intacta sus potencias y su psicología. La experiencia espiritual pasa a través de las potencias y la psicología del fundador.

Una vez individuado el carisma apostólico viene la parte de la fidelidad. Varios son los documentos del Magisterio de la Iglesia, que en la época de la renovación urgen a las congregaciones a permanecer fieles al carisma del Fundador, y por ende, afirmarnos nosotros al carisma apostólico. Leemos en Perfectae Caritatis: "Redunda en bien mismo de la Iglesia el que todos los Institutos tengan su carácter y fin propios. Por tanto, han de conocerse y conservarse con fidelidad el espíritu y los propósitos de los Fundadores, lo mismo que las sanas tradiciones, pues, todo ello constituye el patrimonio de cada uno de los Institutos"[12]. O bien en Ecclesiae santae: "Per procurare il bene stesso della Chiesa, gli Istituti perseverino nello sforzo di conoscere esattamente il loro spirito d'origine, affinché, mantenendolo fedelmente negli adattamenti che dovranno fare, la loro vita religiosa sia purificata dagli elementi estranei e da quelli caduti in disuso. Bisogna considerare caduti in disuso gli elementi che non costituiscono la natura e i fini dell'Istituto e che, avendo perduto il loro senso e la loro forza, non aiutano più realmente la vita religiosa; si terrà fermo tuttavia che c'è una testimonianza che lo stato religioso ha il dovere di portare."[13]. En Renovationis Causam encontramos: "Nella direzione dei novizi… il maestro dei novizi… deve insegnare ai novizi di servirsi del mondo come se non se ne servissero, allorchè le opere apostoliche della loro famiglia religiosa si portano

[12] Paulo VI, *Decreto Perfectae Caritatis*,28.X.1965, n.2
[13] Paulo VI, *Motu Proprio Ecclesiae Santae*, 6.6.1966, n.16 y 17

ad interessarsi di affari umani."[14] Y por fin en Vita Consacrata leemos: "Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial. Debe permanecer viva, pues, la convicción de que la garantía de toda renovación que pretenda ser fiel a la inspiración originaria está en la búsqueda de la conformación cada vez más plena con el Señor. Este espíritu, vuelve a ser hoy urgente para cada Instituto la necesidad de *una referencia renovada a la Regla*, porque en ella y en las Constituciones se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia".[15]

La fidelidad al carisma, según nuestra interpretación a lo expresado por el Magisterio de la Iglesia implica varios momentos, si por fidelidad entendemos la virtud de la constancia en las convicciones, en los propósitos, en las acciones y en los objetivos establecidos. Y como dice José Ma. Arnaiz: "La fidelidad nace de una promesa que un día se formuló y se prolonga a lo largo del tiempo"[16].

En un primer momento la fidelidad llama al conocimiento, después a la asimilación-discernimiento-confrontación. Se pasa después a la toma de decisiones, para terminar con la actuación.

Primer momento: conocimiento. Se es fiel a "algo"y/o a alguien. No se es fiel al vacío, al producto de la imaginación o a los frutos de una sensibilidad exagerada. En el caso que estamos tratando, el carisma apostólico debe tenerse lo más claro posible, a través de un trabajo de individuación. El primer momento consiste en una investigación "espiritual" del carisma apostólico. Conocer lo que es el carisma apostólico, como fruto de una experiencia espiritual del fundador, y como fruto, también, de la experiencia individual que la consagrada realiza para hacer suya la experiencia espiritual del fundador. Hablamos por tanto de un conocimiento fundado en las tres potencias del hombre: en el intelecto, en la voluntad y en el corazón. En el intelecto consiste en conocer "perfectamente" el carisma apostólico. Este conocimiento intelectual requiere de una hermenéutica del carisma para estudiar los escritos del fundador, la vida y la experiencia espiritual del mismo, la vida de los primeros seguidores, la historia de los orígenes del instituto y la comprensión del carisma a lo largo de la historia, tal y como aconseja Giuseppe Bucellato[17].

---

[14] Congregación para los religiosos y los institutos seculares, *Istruzione Renovationis Causam,* 6.1.1969, n. 31

[15] Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal Vita Consacrata,* 25.3.1996, n.37

[16] José Ma. Arnaiz, *Per un presente che abbia futuro*, Paoline Ed. Milano, 2003, p. 163.

[17] Giuseppe Buccellato, *Carisma e rinnovamento*, EDB, Bologna,2002.

Una vez realizado el conocimiento intelectual, deberá pasarse a la voluntad. De nada sirve conocer el carisma apostólico, si no los amamos y no estamos dispuestos a seguirlo. Por ello la consagrada deberá "leer" el carisma apostólico reflexionándolo bajo una triple luz: doctrinal, kerigmática y existencial.[18] En la parte doctrinal el intelecto debe conocer el sentido genuino del carisma apostólico: lo que es, lo que no es, en pocas palabras, individuar el carisma, fijar sus límites. La reflexión continúa ahora, bajo el punto de vista kerigmático, es decir una reflexión aplicada a conocer el carisma apostólico como un medio de santificación propia y para los demás (las almas que se beneficiarán de dicho carisma). Y por último debe pasarse a la reflexión existencial, cuando la consagrada comienza aplicar las reflexiones doctrinales y kerigmáticas a la propia vida.

Hasta aquí la consagrada ha hecho un trabajo meramente intelectual, por lo que será necesario pasarlo por el corazón para luego formularlo en la voluntad.

Es ahora cuando entra en juego la voluntad para animarse a poner en práctica el carisma apostólico diferenciado claramente de "hacer apostolado". Como se trata de poner por obra una espiritualidad, un carácter, una vivencia espiritual, no se trata simplemente de seguir un instructivo a la manera de un manual de sistemas y procedimientos de una empresa. Es poner el alma en lo que se hace. La acción del apostolado, recordémoslo una vez más, debe ser la expresión de una vivencia espiritual, fruto de aquello que se ha "guardado en la oración". Para hacer del apostolado una verdadera experiencia espiritual no basta simplemente con conocerla o llevarlo a la práctica en la vida real. Es necesario que la voluntad se mueva.

Y para mover la voluntad conviene que la religiosa ponga en práctica aquello que ha "guardado en la oración". Se hace oración del carisma apostólico cuando la mujer consagrada comienza a considerar en su voluntad lo que ha visto con la razón. Del conocimiento doctrinal, kerigmático y experiencial deben surgir los motivos para llevar a la práctica el carisma apostólico. Pero estos motivos deben ser "personalizados". No basta por tanto afirmar con la mente, "debo hacer apostolado". Es necesario que la religiosa se ayude de diversas preguntas para mover su voluntad: ¿quién es el que me pide que haga apostolado? ¿Por qué debo poner en práctica este carisma apostólico? ¿Por qué en este momento de mi historia personal y de la historia de la humanidad poner en marcha las iniciativas que marca mi Congregación? ¿Qué puedo hacer para vivir el carisma con mayor plenitud? ¿Qué haría mi fundador en esta circunstancia? Con esta y otras preguntas, la religiosa comienza a arrancar de su voluntad los afectos que la llevarán a la toma de decisiones que se traducirá en la práctica del carisma apostólico.

El sentimiento es el fruto de la tercera potencia el hombre. Olvidados o reprimidos en el pasado, sobre valorados en el presente, se les debe tomar como un elemento constitutivo del ser humano y valorarlos de acuerdo al carisma apostólico. El hombre se guía por su razón, persigue sus objetivos con la voluntad y vive estos dos elementos con su sentimiento. No es por tanto el sentimiento el factor decisivo en la vivencia del carisma apostólico. Ayudará sin embargo a experimentarlos en forma positiva cuando se vive el

[18] Hacemos aquí una aplicación práctica de los tres momentos de la reflexion sugeridos por Antonio Funeli en su libro *Preghiera e contemplazione mistica*,.Marietti 1820, Genova, 2001, p. 122-126.

carisma apostólico, a la manera de una sana y meritoria recompensa cuando se ha cumplido con el deber. Sin embargo a veces la mujer consagrada tendrá que sobreponerse, no eliminar los sentimientos negativos que le vengan en el momento del trabajo apostólico. Así, no podrá dejar de "sentir" tedio o cansancio, pero sabrá sobreponerse a ese sentimiento. Hablamos por tanto de una labor de canalización de los sentimientos.

Decíamos que la felicidad pasa por un segundo momento, que es el de la asimilación-discernimiento-confrontación. Tres elementos que van muy unidos en la realidad, por lo que hemos decidido analizarlos en un solo estadio. Una vez que la religiosa ha individuado el carisma y lo conoce plenamente (razón-voluntad-sentimiento) viene el momento de hacerlo vida de su propia vida. No se trata de ponerlo en práctica, sino de convencerse que ese carisma es lo que Dios quiere para su vida. Es la aceptación de la voluntad individual, frente a la voluntad de Dios. Es la apertura del alma para vivir con generosidad el carisma que le propone el Fundador. Y al hacer esta labor de abrir el alma a la generosidad, se debe hacer paralelamente una labor de discernimiento para conocer los elementos que con mayor urgencia el Espíritu está pidiendo a la religiosa poner en práctica. Este discernimiento se hará en base a lo que dicte el mismo carisma: son puntos específicos que el Espíritu urge al alma para poner en práctica. Puntos que provienen del estado mismo de la religiosa, del estado del medio en que le toca vivir el apostolado o de ambos. Ella debe discernir que puntos del carisma apostólico debe vivir con mayor intensidad. Y al hacer este análisis, sin duda alguna que lo hará confrontándose con lo que está viviendo actualmente. La fidelidad no es una bella teoría, sino que es puesta en práctica de una vivencia espiritual. Si quiere ser fiel debe confrontarse continuamente con la realidad, debe hacer todo lo posible para llenar ese vacío con acciones claras, concretas y específicas...

Esto la lleva a tomar las decisiones necesarias para, por fin, poner en práctica (actuar) el carisma religioso de acuerdo a lo que ha conocido, asimilado, discernido, confrontado y decidido.